LA ILVSTRACION ARTISTICA

AÑO VIII — BARCELONA 29 DE ABRIL DE 1889 — NÚM. 383

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

MES DE MAYO, copia de un cuadro de J. Llovera

La característica de las obras de nuestro distinguido paisano, don J. Llovera, son la luz, la alegría, la reproducción exacta de tipos y escenas que estamos acostumbrados á ver y á presenciar á cada paso en la vida ordinaria de nuestra Barcelona.

Si en una de esas bellas mañanas que la primavera con pródiga mano concede á nuestra hermosa ciudad, en que los ardores de un sol anuncio prematuro del próximo verano están templados por las frescas brisas marinas y por los embalsamados céfiros de las vecinas montañas, en que el cielo se tiñe de ese azul purísimo que parece exclusivo privilegio de nuestra costa de Levante, si en una de estas mañanas – decimos – os encamináis á la Rambla de las Flores, no tardaréis en reconocer la mesa cuajada de artísticos ramos y de rústicos manojos de olorosos capullos que tan fielmente reproduce Llovera en su cuadro y en ser espectadores ó quizás actores de una escena como la que con ciertos ribetes de malicia ha sabido ese artista fijar en el cliché de su memoria al través del poderoso objetivo de un exquisito espíritu de observación para luego pasarla íntegra al lienzo con toda la frescura y riqueza de colores que tantas veces en sus cuadros hemos admirado.

¿Queréis convenceros de que no exageramos al hacer esta comparación fotográfica? Nada más fácil: fijad por un momento vuestra atención – prescindiendo de los primores de la escena – en las cuatro figuras del cuadro, observad bien la expresión de cada uno de los rostros y las diversas actitudes de los cuerpos y á poco que vuestra imaginación se esfuerce adivinaréis las palabras que el amartelado galán murmura al oído de la beldad un tanto sediciosa, comprenderéis las ideas que por la mente de ésta cruzan al escuchar lo que tantos otros le habrán dicho, sorprenderéis la curiosidad de la amiga que aparta la vista y aguza el órgano auditivo y admiraréis la discreción con que la joven florista finge dedicar á la obra que trae entre manos una atención que sin duda no merece dando con ello pruebas de poseer en grado superlativo aquella virtud tan necesaria para ejercer bien el delicado oficio de ramilletera.

En suma, el cuadro de Llovera es, como casi todos los suyos, una fotografía instantánea de un asunto bello exornada con todas las galas de una imaginación poética, de un pincel correcto y fácil y de una paleta privilegiada.

FANTASÍA, cuadro de Fernando Brylla

Si la *fantasía* es, según reza el Diccionario de la Academia, facultad que tiene el ánimo de reproducir por medio de imágenes las cosas lejanas ó pasadas, de representar las ideales en forma sensible ó de idealizar las reales, el busto que con aquel título ha pintado Brylla se adapta perfectamente bajo dos conceptos á los términos de esa definición: 1.° en cuanto al artista porque ha sabido dar forma sensible á algún tipo ideal que quizás en sueños entreviera y porque ha sabido idealizar una cosa tan real como el rostro de una mujer hermosa; 2.° en cuanto á la obra en sí misma porque al través de aquellos ojos admirables se adivina una imaginación por entero abstraída de la realidad presente para sumergirse en los recuerdos del pasado ó embriagarse en las esperanzas del porvenir.

¿Cruza por el pensamiento de esa mujer de faz angelical una idea triste ó deléitase, por el contrario, forjando algún risueño proyecto? Difícil nos parece contestar á esta pregunta: dice ese divino rostro en tenues gasas envuelto tantas y tantas cosas, puede expresar tantos y tan diversos afectos que antes que exponernos á interpretar mal la «Fantasía» de Brylla preferimos que nuestros lectores dando suelta rienda á la suya den con la solución que nosotros nos sentimos inca-

EXPOSICIÓN PARÉS



MES DE MAYO, copia de un cuadro de J. Llovera, grabado por Sadurní

paces de encontrar y mucho menos de hacer pasar á los ojos de los demás como única buena.

Un casamiento á principios de este siglo, cuadro de F. Peralta

La originalidad es, sin duda alguna, una de las cualidades más estimables en los artistas y aunque parezca difícil el poseerla, pues sabido es que *¡Nihil novum sub sole!*, no han faltado genios ilustres que han dado pruebas de tenerla en alto grado. El incomparable Fortuny con su imaginación brillante, con su admirable modo de percibir las figuras y los objetos, los tipos y los paisajes, con su inimitable estilo abocetado modelo elocuente de la difícil facilidad de que nos habla Cervantes, y con su portentosa maestría en combinar en su mágica paleta los colores más puros y las más atrevidas tintas, creó un género que nadie antes que él se atreviera á concebir y que pocos han sabido después imitar con ser tantos los que han pretendido lanzarse por la hermosa senda que supo aquél abrir en el territorio del arte pictórico.

Pero ni el arte ni la crítica pueden ser exigentes máxime tratándose de una semi-imposibilidad, así es que reservando á los creadores un puesto privilegiado en el séptimo cielo artístico no escasean sus aplausos á los que han sabido ser buenos imitadores de los modelos buenos y si no en fuentes propias han ido á beber con provecho en los manantiales puros que el genio de sus predecesores ó contemporáneos alumbrara.

Este género de alabanzas puede prodigarse al pintor F. Peralta: su «Casamiento á principios de este siglo» trae inmediatamente á la memoria «La Vicaría» del eximio Fortuny; y al decir que la trae á la memoria no queremos significar que sea un plagio, sino que su concepción, la disposición de algunas figuras, el estilo arquitectónico y la riqueza de detalles guardan muy parecida relación con los detalles, estilo, figuras y concepción de aquella perla del arte pictórico contemporáneo.

MARÍA, reina de Escocia

Este retrato figura en la actual exposición conmemorativa de la familia de los Estuardos, y ha sido facilitado por el Colegio Blair de Aberdeen en donde se conserva. La infeliz reina está representada ostentando un crucifijo con la mano derecha y teniendo en la izquierda un libro encuadernado de blanco. Viste traje negro; una ancha gola blanca rodea su cuello, una toca de igual color cubre sus cabellos, y un largo velo, también blanco, pende de sus hombros llegando al suelo.

En el ángulo superior izquierdo del cuadro se ve el escudo real de Escocia, y debajo de él está representado el momento de la ejecución de la Reina, la cual, tapados los ojos con un pañuelo, tiene apoyada la desnuda garganta en el tajo, mientras el verdugo levanta el hacha con que se dispone á cortársela. Detrás del cadalso hay dos soldados con alabardas; á un lado de éste dos caballeros, el conde de Kent y Shrewsbury, con unas varas blancas en la mano, acompañados de otro funcionario; al lado opuesto, un caballero haciendo una apuntación en un papel, y junto á él cuatro caballeros más, dos de los cuales parecen muy afligidos.

A la izquierda de la Reina se ven dos pequeñas figuras de mujer, Jane Kennethie y Elizabeth Curle, vestidas de negro con golas blancas, y lamentando el triste fin de su señora.

Las inscripciones latinas estampadas en este lienzo tienen por objeto censurar la perfidia de la reina Isabel y la crueldad del Parlamento inglés.

¡COGIDO! copia de una acuarela de Frank Dadd

El Real instituto de acuarelistas de Londres ha abierto este año su Exposición primaveral algo más pronto que de costumbre, pero esta anticipación no ha perjudicado á la cantidad ni á la calidad de las obras expuestas. Entre las más sobresalientes escogemos para reproducirla en nuestras columnas la que lleva el anterior título, ejecutada con notable inteligencia por el pintor Dadd. Representa un capitán de bandoleros, cogido por los agentes de la autoridad y fuertemente atado mientras espera, sentado en un banco, el destino que debe darle el juez. Su semblante ceñudo, su actitud aviesa y toda su expresión demuestran que no pertenece á la categoría de los arrepentidos, y que á serle posible rompería sus ligaduras para seguir viviendo en abierta guerra con la sociedad.

Esta acuarela llama notablemente la atención en la Exposición citada y coloca el nombre de su autor á envidiable altura entre los artistas ingleses que á este género especial de pintura se dedican.

LAS TROPAS INGLESAS EN EGIPTO

El regimiento escocés del Rey, de guarnición en el Cairo, celebró á fines de febrero, con varios festejos, el aniversario del segundo centenario de su formación. Tuvo origen en 1689, organizado por lord de Leven, para defender la ciudad de Edimburgo en favor de Guillermo III contra los jacobitas.

Entre las varias diversiones con que conmemoró este segundo aniversario, como juegos de diferentes clases, conciertos, bailes, ejercicios gimnásticos, etc., figuró una excursión campestre al pie de las Pirámides: allí, agrupado el regimiento en torno á la Esfinge, cuya imagen ostenta en sus banderas como premio de sus servicios en el país de los Faraones, fué fotografiado en su pintoresca aglomeración, y una copia de esta curiosa fotografía, es la que reproduce nuestro grabado.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

PRIMER BAILE DE TRAJES

En el num. 136 del SALÓN DE LA MODA que recibirían oportunamente nuestros suscritores hicimos una detenida descripción de esta fiesta, de la que tan gratos recuerdos han conservado cuantos tuvieron ocasión de asistir á ella por su brillante éxito. A los detalles que entonces dimos, y á los que remitimos al lector por no incurrir en repeticiones, agregaremos hoy los necesarios para la explicación de la lámina que acompaña á este número cuyo dibujo debemos al distinguido artista D. José Luis Pellicer, uno de los organizadores de dicha fiesta.

Figura en lugar preferente la reproducción del sello de la artística sociedad á cuya iniciativa se debió aquel baile, y en los otros tres ángulos los billetes de señora y de caballero, así como el lindo programa de los bailes. Otros tres dibujos representan la llegada de los coches que conducían á los invitados, la salida de los mismos y el vestíbulo del elegante teatro: á la derecha de la lámina se ve, entre otros adornos y emblemas, uno de los humorísticos tapices con que se cubrieron los palcos, y por fin, en el centro, el aspecto que presentaba el suntuoso salón, cuya ornamentación demuestra el exquisito gusto y el acierto de los artistas de ella encargados, y el cual puede dar una ligera idea de la variedad de tipos y trajes tan característicos como elegantes que ostentaron los invitados.

DON PEDRO VELARDE

HÉROE DEL «DOS DE MAYO»

Yerran los que suponen que todos los admiradores del Gran capitán del siglo fueron *afrancesados*, en el sentido que vulgarmente damos á este calificativo, que es el de mal patriota. Y no es menos craso el error de creer que todos los que odiaban á los franceses eran buenos españoles. No por admirar y aplaudir los adelantos de los extraños, cuando esta admiración no raya en fanático exclusivismo, se pierde la estimación de lo propio y el amor de la patria peligra; ni es verdadero amor de patria el que se nutre de odio á todo lo extranjero: que hartos ejemplos tuvimos de desaforados declamadores contra los afrancesados, que luego se eclipsaron en los trances supremos de la defensa nacional.

Antes de que á los españoles ilustrados, sensatos y de buena fe, ajenos á las secretas intrigas de Godoy, se hiciese manifiesta la perfidia con que Bonaparte tramaba la expulsión de los Borbones de España, ¡cuántas acaloradas disputas no se trabarían diariamente en las tertulias, en los cafés y en el *mentidero* de la *Puerta del Sol* de Madrid, entre los tildados de afrancesados y los patriotas, exaltados en opuestos sentidos por la imprudente proclama del Príncipe de la Paz de octubre de 1806! No es inverosímil una escena en que Daoiz, Velarde y otros distinguidos oficiales del cuerpo de artillería, por elogiar las grandes conquistas que en el terreno de las armas, de la administración, de la codificación, de las ciencias, de las artes y de las letras llevaba á cabo el genio de Napoleón, se vieran escarnecidos por algunos apóstoles de ese patriotismo intransigente, feróstico y soez, que suponía, y sigue suponiendo, que para ser buen español hay que detestar todo lo extranjero y proclamar que el *gavacho* no es persona, que las lenguas de *extranjis* no son lenguas, y que sólo la tierra del garbanzo es grande y buena, rica y poderosa.

Semejante benevolencia con las obras de Napoleón, – dirá el vulgo, – no era posible en corazones tan bien templados como los de aquellos heroicos defensores del Parque de las Maravillas en la sangrienta jornada del *Dos de Mayo*, de ejemplar y luctuosa memoria! Hombres capaces de entusiasmarse con los hechos y triunfos del tirano de las naciones, no podían al día siguiente de tributarle su veneración, inmolar sus vidas por esquivar su yugo. Para resistir á las invasiones extranjeras, de nada sirven los brazos enervados por la tolerancia – No es extraño que así discurra el vulgo cuando un pensador tan preclaro en los estudios históricos como M. Ozanam, discurriendo sobre la fecunda rivalidad que unas con otras mantenían las repúblicas italianas de la Edad media, se atrevió á deducir que el amor de patria sólo se nutre de rencores para con los extraños.

Pero nuestra moderna historia desmiente tales afirmaciones. Vamos á probarlo.

Con fechas de 10 de agosto y 1.º de setiembre de 1807, un oficial de artillería escribe á un compañero suyo, que partió de Madrid pocos meses antes en la expedición que envió España al Norte como aliada de la Francia, bajo el mando del marqués de la Romana; y he aquí el resumen de sus cartas, que voy á reproducir textualmente en algunos de sus párrafos para que no pierdan la espontaneidad íntima y el color local con que salieron de la pluma de su autor. Ambas van dirigidas al capitán de artillería D. José Guerrero de Torres, ayudante de Estado Mayor del mencionado cuerpo de ejército, que se encaminaba á Dinamarca por Francia y Alemania. – Dícele en la del 10 de agosto: «*Todos te dan las más afectuosas expresiones, con especial encargo de que no los olvides, y que reunas un buen talegón de noticias para contárnoslas quando vuelvas. He recibido la que me escribiste desde Maguncia en 20 de julio último, que empieza: Friede! Friede! Friede! etc. Las demás se han perdido*»... «*Las noticias que nos das nos han servido de mucha complacencia, particularmente las de tu buena salud, de tu buen humor y feliz viaje. Silva, Novella y demás, agradecen tus expresiones, que devuelven aumentadas con los recuerdos de Daoiz.*» – Luego se hace cargo de lo que Guerrero le escribe de las hermosas campiñas y vegas que ha recorrido, y de cuyo risueño aspecto quisiera él haber gozado, y le dice: «*No dudo que tendrá eso mucha analogía con mi país, y creo que si los suizos tuvieran además un mar tan vasto como el que baña la costa Cantábrica, sabrían sacar de él más beneficios que mis paisanos... Amigo, ¡quánto has visto en pocos días! ¡Qué espectáculo tan risueño presentará necesariamente semejante agradable variedad á una vista acostumbrada á la melancólica perspectiva de Segovia y sus alrededores! Figúrate, tú que conoces mi genio, qué hambre y qué envidias pasaré yo deseando seguirte en tus correrías, y aun pasar un poco más allá, por haber llegado más lejos, como hizo Ercilla con sus compañeros en Chile!*» – Luego le da noticias de promociones y de mudanzas en la milicia de las provincias, y de la marcha de la corte, que saldrá el 12 para la Granja: háblale de rumores de campaña contra Portugal, recogidos en la *puerta del sol*, que es el *mentidero* de Madrid; y de la dificultad de que se ajuste una buena paz que prometa ser duradera etc. etc.; añade que se tienen buenas nuevas de América, donde en junio había sosiego, aunque estaba amenazada la costa de Cumaná, y donde en el mes de mayo, según las últimas noticias, estaba aún en nuestro poder Buenos Aires y toda la orilla sur del Río, no atreviéndose los ingleses á atacar á aquella ciudad ni aun á pasar el Río de la Plata, no obstante tener de seis á siete mil hombres en Montevideo y en Maldonado. Refiérele que en Buenos Aires hay hasta diez mil hombres armados, bastante entusiasmo, y esperanza de arrojar de Montevideo á los ingleses si les baja algún refuerzo de Lima, ó si los ingleses se debilitan algo en aquella plaza; y que los naturales los persiguen y han asesinado á muchos. «*Habrás visto* (continúa) *al victorioso y grande Emperador, que regularmente no veré yo en mi vida. Aquí nos preguntamos ahora qué será de vosotros, y si seguiréis vuestra marcha ó retrocederéis desde luego, pues se acabó la guerra. Esto último deseamos nosotros para descanso vuestro y nuestra satisfacción en veros por acá. Quando veas á nuestros artilleros, dales mis memorias y las de todos estos señores, particularmente á Bresón, López y Avalle.*»

La otra carta, de 1.º de setiembre, es aun más importante porque manifiesta cuán alta idea se tenía entre nuestros militares instruídos de la organización que había introducido el Emperador en sus ejércitos. De ella se deduce también que Guerrero se hallaba aún en Maguncia en 28 de julio y 11 de agosto del año 1807. «*Se ha manifestado al señor generalísimo* (le escribe) *el plano de Stralsund que tú me remitiste... S. A. ha agradecido las ideas que le han procurado el plano y nuestras reflexiones. El general Navarro ha visto lo principal de lo que me escribes, es decir, la viva pintura que me haces del gran Napoleón, de quien es Navarro un entusiasmado admirador, como yo y otros muchos; lo que dices de nuestro amabilísimo Hedouville y de su hermano, cuyos abrazos te envidio no poco; quanto cuentas sobre nuestras tropas, las francesas, y particularmente de nuestra caballería, y lo que me refieres del valor de los rusos, todo le ha interesado bastante; pero ha puesto la atención con particularidad en lo que me cuentas de la gran parada que vió en Maguncia el señor Berthier, pues quisiera Navarro que nos dixeras no sólo que la artillería formó en primer lugar, sino qué lugar era este en la formación; si hace servicio de otra especie que el peculiar de su arma como entre nosotros; si formó con piezas ó como infantería y caballería; qué armamento, correaje y vestuario usan, etc., etc. También me ha encargado el Xefe que te diga procures reunir quantos conocimientos puedas sobre la fuerza, constitución, régimen económico, orden de ascensos, sueldos, gratificaciones etc., etc., de la tropa y oficiales de artillería, por regimientos ó en total; que indagues lo mismo respecto á la Caballería é Infantería, la milicia* bourgeoise, *etc.; también sobre la composición de un exército, deberes de su Estado Mayor, sistema que se sigue en el suministro de víveres, el de la conscripción, etc.; cómo están organizados los* bataillons de train *para la artillería; y finalmente quanto pueda servir para que se formen acá ideas claras de cómo están esos señores, y también con el fin de adoptar, ó á lo menos adaptar á nuestra constitución, con las modificaciones necesarias, lo que prometa utilidad.* Sur le matériel de l'artillerie *ya se os encargó que trabajaseis, particularmente á Bresón, Montes, etc. De todo podrás informarnos más fácilmente, si puedes remitirnos los* reglamentos *de cada cuerpo, si los tienes impresos, y todo lo que esté publicado, á lo qual añadirás tus observaciones y las variaciones que hayan ocurrido después.*» Previénele cómo ha de remitir los reglamentos, mapas, planos de máquinas, etc.: «*procura* (dícele) *hacer un grande almacén de noticias sobre todos los ramos, que nos comunicarás á tu regreso, y recoge quantas puedas, pues todas te cabrán en esa cabeza peruana que Dios te ha dado para contribuir á la ilustración de tus pobres amigos y paisanos: además que, acaso no te volverás á ver en otra correría como esta. Quando vengas te hemos de devorar á tí á preguntas, y á tus papeles con los ojos. Entretanto perdona que te suplique que sigas escribiéndome quanto veas, lo qual, aunque te robará algunos ratos de recreo, me dará á mí singular placer; pero no por eso quisiera que aumentasen demasiado tus ocupaciones. ¿Qué te diré yo de por acá? que hay grandes baylarines en el teatro, en los diarios y en los carteles de las esquinas? no: hablaremos más gordo. El Duque de Frías salió hoy mismo de ésta para París, en calidad de Embaxador Extraordinario para cumplimentar á Napoleón por sus victorias, etc. Hemos empezado á figurar contra los Portugueses; creímos que habría guerra sin remedio; pensábamos volver á las andadas, acompañados de nuestros aliados, y mandados, como* in illo tempore, *por el Generalísimo; echábamos nuestra cuenta con vivir este invierno en Lisboa ú Oporto, casarnos con una rica portuguesa, etc., pero, amigo, según parece, todo se ha arreglado, ó va á componerse.*» – Luego le da noticias de América: en Buenos Aires siguen con ánimo de defenderse; los ingleses, apoderados de Montevideo y de la orilla norte del Río; y los indios preparándose á ayudarnos con más de 30 mil hombres. Y prosigue: «*Ya sabrás necesariamente que, según aquí se dice, no continúan su marcha los regimientos de Almansa y Lusitania; por lo que supongo no los esperarás ya en Maguncia, y que estarás reunido con tu General y compañeros en el Hannover ó en Hamburgo*»... «*Joaquín me encarga continuamente que te dé sus memorias, y los demás de Segovia; ya sabes quiénes; lo mismo me encarga Daoiz que está aquí destacado.*»... «*Acá nos cuentan que los franceses os han obsequiado excesivamente, que tienen buena opinión de nosotros, que alaban nuestra constancia en sufrir los males de la guerra común con una fidelidad de verdaderos aliados, y qué sé yo quantas otras cosas. Dime si es cierto todo, como debe serlo; si es verdaderamente fraternal su amor, aunque sea sólo por moda; y si es verdad que nos creen más atrasados en las ciencias que lo que realmente estamos, etc. ¿Qué saben ellos, de lo qual no tengamos medianas noticias?*» – Le habla luego de la reforma que se ha hecho en la Compañía flamenca de Guardias de Corps, y sigue este párrafo: «*Me hubiera alegrado infinito de haberte acompañado en tu visita al amigo Hedouville, al más conse-*

güente de todos los franceses, al más amable de todos los hombres que yo he conocido, y á un amigo á quien estimo muchísimo. Celebro esté en tal predicamento con S. M. I. y tan condecorado con honores y emolumentos. Si vuelves á verle le darás mil y mil abrazos de mi parte, y le dirás que desde el centro de las Castillas me acuerdo muy á menudo de la amistad que tenemos, á la qual le estoy muy reconocido. – Creo que mañana se pondrá en la Gaceta un pequeño affaire *de nuestras tropas con los suecos delante de Stralsund.*»

¡Cuánto entusiasmo por Napoleón! ¡Cuánto deseo de adaptar á España las mejoras por él introducidas en la organización de los ejércitos! ¡Qué exaltado cariño á Hedouville y qué satisfacción de poseer su afecto!... ¿Quién es el afrancesado que esto escribe, y que en sus íntimas expansiones con el amigo ausente que va recorriendo tierras extrañas, se muestra tan admirador de la cultura extranjera? ¡Ah! el que esto escribe es DON PEDRO VELARDE, aquel mismo bizarro oficial de artillería que se hallaba, sin sospecharlo, en vísperas de darse en holocausto, con su compañero Daoiz, por la santa causa de la independencia española. De su puño y letra son ambas cartas, autenticadas con su propia firma: dádiva preciosa recientemente hecha á nuestra Real Academia de la Historia por un esclarecido prócer á cuyas luces y celo tiene hoy confiada S. M. la Reina Regente la cartera de Fomento (1).

¿Hubiera jamás creído ningún patriota vocinglero de los que odian todo lo francés, que de la pluma de un verdadero español tan ilustre pudieran brotar tales conceptos? Y sin embargo, el patriotismo racional y desapasionado sólo hallará en estas cartas nuevos motivos para admirar y venerar el alma hermosa y grande de su autor. Hay que situarse en la escena en que él se hallaba y ante el fascinador espectáculo que se desarrollaba á su vista.

Napoleón había humillado en tres batallas á las tres grandes potencias del continente europeo, al Austria en Ulma, á Rusia en Austerlitz, á Prusia en Jena. En el año mismo en que Velarde mantenía su correspondencia epistolar con Guerrero, había vencido otra vez á la Rusia en aquel pavoroso campo de Eylau, en aquella tremenda batalla que él mismo calificó de *espectáculo más á propósito para inspirar á los príncipes amor á la paz y horror á la guerra*. Luego, en el mes de mayo, se le rindió Dantzick, el gran depósito del comercio del Norte... Luego, en 14 de junio, triunfó en Friedland. A 25 de este mismo mes se firmó la paz de Tilsitt, acontecimiento que llenó de júbilo á Europa, y que hacía exclamar á Guerrero en la carta que dirigía á Velarde desde Maguncia: *friede! friede! friede!* como quien dice: *bendita sea la paz!* Nunca realmente habían brillado más la persona y el nombre de Napoleón: nunca su cetro imperial había logrado mayor poderío. Desde el estrecho de Gibraltar hasta el Vístula, desde las montañas de la Bohemia hasta el mar del Norte, de los Alpes al Adriático, todo lo dominaba, ya directa, ya indirectamente, ora por sí, ora por medio de príncipes, hechuras suyas los unos, dependientes suyos los otros. Fuera de estos límites, no reconocía más que aliados, ó enemigos subyugados, exceptuando sólo la Inglaterra, á la cual amenazaba con un *bloqueo continental*, es decir, con la guerra contra todo el universo. Y ¿qué recompensas no recababan de su regia liberalidad los hombres que le habían levantado á tan prodigiosa altura? Sus compañeros de armas, Lannes, Massena, Davout, Berthier, Ney, etc., recibían títulos tomados de los grandes sucesos de su reinado, tierras situadas en Polonia, Alemania, Italia, y sumas considerables para adquirir y alhajar suntuosas viviendas. Y también los empleados civiles participaban de sus larguezas: el archi-canciller Cambaceres, el archi-tesorero Lebrun, Mollien, Fouché, Daru, Decrès, obtenían pingües rentas. Desde el año anterior (1806) venía repartiendo coronas entre sus hermanos y hermanas, y principados entre sus fieles servidores: hizo á Bernadotte príncipe de Ponte corvo, á Talleyrand príncipe de Benevento, al mayor general Berthier príncipe de Neufchâtel. Él por su parte, sencillo y económico en su persona, sólo espléndido con los demás, castigaba la menor distracción de los fondos públicos, mostrábase inflexible con todo inmotivado despilfarro, y era pródigo en la ejecución de todo proyecto encaminado á aumentar la gloria de la Francia y la de su nombre. Y aquellos tesoros no eran arrebatados á los pueblos, como suponían sus detractores, sino á los emperadores, á los reyes, á los príncipes y á las corporaciones religiosas decadentes, que desde el año 1792 venían hostilizando á una nación que pugnaba por su completa regeneración material y moral. Los pueblos vencidos no eran por él maltratados; respetábalos cuanto lo permitían las duras necesidades de la guerra. Y en cuanto á sus heroicos soldados, ¡qué espíritu no había logrado infundirles! No necesitaba por cierto exaltar su valor con el dinero: tan ajenos estaban de poder hacer fortuna cuando corrían á Austerlitz, á Jena, á Eylau y á Friedland, como cuando volaban á Marengo y á Rívoli, y aun antes á Valmy y Jemmapes. Lanzábanse á la gloria impelidos por el vehemente anhelo de acabar grandes empresas: anhelo que la Revolución engendró en sus pechos y que el Emperador supo fomentar hasta el más alto punto.

(1) El Excmo. Sr. Conde de Xiquena, Duque de Bivona.



FANTASÍA, cuadro de Fernando Brylla

Pues si cualquier buen español como Velarde, ansioso del progreso de su pobre y atrasado país, y lleno de generosa emulación, trasladaba la vista del cuadro de las glorias militares de Napoleón al de sus triunfos como legislador y administrador, y como restaurador de la paz, del crédito nacional, de la industria, de la instrucción pública, de las artes y del culto religioso, ¿no descubría de la misma manera harto campo de admiración y aplauso? ¿Dejarían por ventura de traerle las gacetas de París, el *Monitor* y otros mil medios de comunicación, noticias de las grandes instituciones y reformas llevadas á cabo por aquel portentoso genio con el auxilio del Tribunado, del Cuerpo Legislativo y del Consejo de Estado; de la publicación del Código á que dió su nombre; de la creación del Tribunal de Cuentas; de las inmensas mejoras introducidas por Mollien en la administración de la Hacienda pública; de la prodigiosa actividad desplegada en la construcción de caminos y canales y en todas las obras de pública utilidad; de los embellecimientos de París; de la erección de los arcos triunfales del *Caroussel* y de la *Estrella*, y de la columna de la plaza Vendome, feliz imitación de la famosa *columna Trajana*; del templo de la *Magdalena*, de los grandiosos puentes de Austerlitz y de Jena, etc.? Cuando Velarde escribía á Guerrero su carta de 1.° de setiembre, de seguro acababa de leer en el *Monitor* la relación de la deslumbradora fiesta del 15 de agosto, consagrada á *San Napoleón*, y de la apertura del Cuerpo Legislativo del día 16, en que se presentaron al país las leyes de hacienda, el Código de comercio y las leyes relativas á las obras públicas, y se expuso ante las altas corporaciones del Estado la situación de Europa. Quizá resonaban aún en su cerebro aquellas lisonjeras palabras del soberbio discurso del Emperador: «Mi ministro de lo Interior os dará cuenta de las obras que se han comenzado ó concluído; pero lo que está por hacer tiene aún más importancia, porque quiero que en todo mi Imperio, hasta en la más humilde aldea, aumenten el bienestar de los ciudadanos y el valor de las tierras por efecto del sistema general de mejoras que he concebido.» Quizá él y sus compañeros de armas, considerando el triste contraste que con el floreciente Imperio francés, renovación del Imperio de Occidente bajo Carlomagno, formaba la pobre y abatida España supeditada á un *favorito* adocenado é intrigante y á una secreta camarilla de cortesanos imbéciles y abyectos, comentaban en aquellos días con dolor y con noble envidia estos párrafos con que el presidente del Cuerpo Legislativo, M. de Fontanes, contestaba al discurso del ministro de lo Interior:

«El cuadro que acabáis de ofrecer á nuestra vista parece presentarnos la imagen de uno de esos reyes pacíficos exclusivamente consagrados á la administración interior de sus Estados; y sin embargo todas esas tareas de pública utilidad, todos esos sabios proyectos destinados á perfeccionarlas, han sido ordenadas y concebidas en medio del estruendo de las armas, en los últimos confines de la Prusia vencida y en las fronteras de la Rusia amenazada. Si tantos beneficios supo proyectar y poner por obra un héroe á quinientas leguas de la capital y entre los cuidados y fatigas de la guerra, ¡cuánto no aumentarán restituído éste á nuestros hogares! Verémosle todo entregado á la grande obra de la felicidad pública, y su gloria cautivará eternamente los corazones... La misma guerra, dolencia antigua y dolorosamente necesaria, que se cebó en todas las sociedades humanas, azote cuyos efectos es tan fácil deplorar y cuya causa es tan difícil extinguir, presta cierta utilidad á las naciones. Con ella adquieren nueva energía los pueblos envejecidos, y tienden á aproximarse naciones largo tiempo enemigas, que aprenden á amarse en el mismo campo de batalla; ella agita y fecunda las inteligencias con espectáculos extraordinarios, y sobre todo instruye á las edades presente y venidera cuando hace surgir alguno de esos genios excepcionales que aparecen en el mundo para transformarlo todo.»

Pero nótese lo que es el patriotismo del hombre culto y honrado. Sin embargo de la fascinadora impresión que en su mente producen tanta grandeza, tanta prosperidad y tanta gloria, Velarde, el sincero admirador de la Francia del año 1807, cuando advierte que Napoleón, cegado por la sed insaciable de la dominación universal, intenta extinguir con los Borbones de España la nacionalidad española; cuando comprende el engaño en que había estado, creyendo ver en los cuerpos de observación de la Gironda ejércitos aliados, y no ejércitos enemigos; cuando se persuade de que los proyectos del Emperador al sacar de nuestra península cuerpos de ejército para el Norte y para Portugal, no tienen más objeto que mermar nuestras fuerzas y dejar indefensas nuestras poblaciones, y ve que de las ciudadelas de Pamplona y Barcelona, de Monjuich, de Figueras y San Sebastián se han apoderado insidiosamente nuestros traidores aliados, y que los dos desatentados partidos de Carlos IV y del príncipe de Asturias conspiran neciamente á ser el ludibrio de Europa y á cubrir de lodo, á fuerza de abyección, de adulaciones á Napoleón y de estúpido servilismo, la veneranda corona de San Fernando, entregándose en la persona de sus jefes á merced de Napoleón en Bayona; entonces, no teniendo ya nada que esperar ni del gran trastornador de las antiguas monarquías, ni de la envilecida corte de España, abraza el partido popular, en cuyo certero instinto de resistencia libra su salvación la amenazada nacionalidad española... Y en aquel supremo día 2 de mayo de 1808, su deber y su honor le hacen héroe, y su heroísmo le ciñe la inmarcesible corona de mártir de la patria!

PEDRO DE MADRAZO



UN CASAMIENTO Á PRINCIPIOS DE ESTE SIGLO, cuadro de F. Peralta



PRIMER BAILE DE TRAJES

ORGANIZADO POR EL CÍRCULO ARTÍSTICO DE BARCELONA Y CELEBRADO EN EL TEATRO LÍRICO EN LA NOCHE DEL MARTES DE CARNAVAL DE 1889

EXPOSICIÓN CONMEMORATIVA DE LA FAMILIA DE LOS ESTUARDOS



MARIA, reina de Escocia

Copia del celebrado cuadro que posee el colegio Blair de Aberdeen

EXPLORACIÓN DE STANLEY

DESDE EL 28 DE JUNIO DE 1887 HASTA EL 28 DE AGOSTO DE 1888

REFERIDA POR ÉL MISMO

Al Presidente de la expedición de auxilio de Emín Bajá

Isla de Bungangeta, río Ituri ó Aruhuimi, 28 agosto 1888

MUY SEÑOR MÍO:

Se os enviaron el 17 del corriente por los correos á Stanley-Falls algunas líneas en que os participaba brevemente que habíamos remitido los primeros socorros á manos de Emín Bajá en el Alberto Nyanza, á la vez que algunas cartas á Tippo Tip, el gobernador árabe de aquel distrito, y esto tres horas antes de nuestro encuentro con la retaguardia de la expedición.

Aquí me propongo daros una memoria de nuestros movimientos desde 1887.

EN EL CAMPAMENTO DE YAMBUYA

Había establecido en Yambuya, en el bajo Aruhuimi, inmediatamente después de las primeras corrientes, un campamento atrincherado, circuído de empalizadas, nombrando comandante al mayor Edmundo Bartelot, que era el oficial de más edad de los que me acompañaban, y dándole por teniente el voluntario M. Jamieson.

A la llegada de los hombres y de las mercancías de Bolobo y del Stanley-Pool, creían los oficiales que MM. Troup, Ward y Bonny debían recibir órdenes del mayor Bartelot; pero ninguna disposición debía tomarse sin consultar previamente á MM. Troup, Jamieson y Ward. Según una carta de instrucciones dadas por mí, el mayor debía tener á sus órdenes 257 hombres.

CORRESPONDENCIAS Y NOTICIAS

Habiendo prevenido al mayor que os enviara copia de las instrucciones dadas á cada oficial, sabréis sin duda que Bartelot debía permanecer en Yambuya hasta el arribo de los *steamers* del Stanley-Pool llevando á bordo los oficiales, los hombres y las mercancías de la retaguardia; y si entre tanto el contingente de los portadores prometidos por Tippo-Tip había llegado, debía marchar á nuestras huellas con sus hombres, debiendo señalarse nuestro paso á través de las regiones fronterizas por los árboles quemados, por nuestros campamentos y nuestras zeribas.

Pero en el caso de que faltara este contingente prometido, si Bartelot prefería seguirnos á permanecer en Yambuya, debía pasar por alto ciertas cláusulas de sus instrucciones y hacer á cortas etapas viajes dobles ó triples esperando mi vuelta de Nyanza. Estas instrucciones eran explícitas y en opinión de todos los oficiales perfectamente inteligibles.

LA PARTIDA – PRIMERAS ESCARAMUZAS CON LOS INDÍGENAS

La columna de vanguardia, compuesta de 388 hombres con sus oficiales, salió de Yambuya el 28 de junio de 1887. El primer día seguí la orilla del río, y después de haber andado 12 millas, llegó la expedición al gran distrito de Yamhude. A nuestra aproximación, incendiaron los indígenas sus habitaciones y á favor del humo atacaron á nuestros exploradores ocupados en desembarazar de obstáculos la entrada del pueblo. La escaramuza duró un cuarto de hora.

El día siguiente se siguió la marcha por el camino que se dirige al Este y por espacio de cinco días atravesamos villajos muy poblados. Los indígenas recurren á todos los medios empleados por aquellos pueblos bárbaros y primitivos para molestar al enemigo; pero nosotros pasamos sanos y salvos.

Muy luego eché de ver que el camino seguido nos separaba mucho de nuestra dirección, y entonces me dirigí al N. E. pudiendo así volver á la orilla del río el 5 de julio. A partir de esta fecha hasta el 15 de octubre, siguió la expedición la margen izquierda del Aruhuimi.

El día 24 de nuestra partida de Yambuya desertaron dos hombres. En todo el mes de julio no hicimos más que cuatro altos, y el 1.º de agosto murió un hombre de disentería; de modo que estas veinticuatro jornadas fueron singularmente favorecidas. Pero entonces entramos en un desierto, cuyo paso había de durar nueve días, con lo cual se aumentaron nuestros sufrimientos y fué mayor el número de muertos. Por fortuna nos vino en ayuda el río, y dispuse que se trasportaran en canoas los enfermos, pudiendo así avanzar sino rápidamente, á lo menos con regularidad.

El 13 de agosto llegamos á Air-Sibba, donde los indígenas se opusieron resueltamente al paso de la expedición, matando cinco hombres con sus envenenadas flechas. También tuve el pesar de ver mal herido en el pecho al teniente Stairs; pero al cabo de un mes de grandes sufrimientos pudo restablecerse. El 15 de agosto M. Jephson, que mandaba el destacamento de tierra, hubo de perder el camino extraviándose con sus hombres en el interior del país, sin poder incorporarse hasta el 21.

El 25 llegamos al distrito de Air Jalí: la confluencia del Nepoko, tributario del Aruhuimi, hallábase enfrente y cerca de nuestro campamento.

ESTABLECIMIENTOS ÁRABES

El 31 de agosto encontró la expedición un destacamento de Manyemas perteneciente á la caravana de Ugarrúa, llamado Uledi-Balyuz, antiguamente *Tentboy* (sirviente á las órdenes de los *tentas*) del explorador Speke.

Nuestras desgracias parten de esta fecha, porque había yo elegido el camino del Congo, á fin de evitar el encuentro de los árabes, que habían de provocar la deserción de mis hombres ofreciéndoles regalos, y he aquí que vuelvo á encontrar á los árabes. Veintiséis hombres desertaron en los tres días que siguieron á tan enojoso encuentro.

El 16 de setiembre llegamos al campamento en frente de la estación de Ugarrúa. Habiendo devastado éste una inmensa comarca, los víveres eran raros, y así no me detuve más que un día, esforzándome en establecer relaciones amistosas con este jefe, á quien tuve que confiar 56 hombres enfermos. Todos los Somalis prefirieron quedarse con Ugarrúa á continuar las marchas dobles, y cinco sudaneses hicieron lo mismo. Acompañarnos más lejos hubiera sido para todos la muerte segura, mientras el restablecimiento era posible, permaneciendo en la caravana de Ugarrúa, que se encargó de asistirlos á razón de cinco dollares mensuales.

El 18 de setiembre se separó de Ugarrúa la expedición y un mes después llegó á la colonia ocupada por Kilanga-Luga, esclavo zanzibarita perteneciente á Abed-ben-Salim, antiguo jefe árabe, cuyas sanguinarias hazañas he referido en mis *Cinco años en el Congo*. Este mes de octubre fué espantoso y permanecerá para siempre grabado en la memoria de todos los miembros blancos y negros de la expedición.

Al separarnos de Ugarrúa, constaba la expedición de 273 hombres, porque de los 359, habían desertado ó muerto 63 entre Yambuya y Ugarrúa, y 56 habían quedado enfermos en la estación árabe. Nuestro alimento se componía de frutas silvestres, de hongos y una especie de nuez que tiene la forma de un haba. Los esclavos de Abed-ben-Salim habían hecho todo lo posible por arruinar la expedición: habían comprado á mis hombres sus armas y sus vestidos, de modo que al retirarnos de la estación estábamos faltos de todo, y nuestros hombres completamente desnudos. Estábamos tan débiles que tuvimos que desistir de trasportar el barco y unas setenta cargas de mercancías, que dejamos en Kilanga-Luga, bajo la vigilancia del cirujano Parke y del capitán Nelson, el cual se hallaba en la imposibilidad de dar un paso.

Después de doce jornadas de marcha, llegamos á una colonia indígena llamada Ibuiri; pero nuestra situación no se mejoró entre Kilanga-Luga é Ibuiri. La devastación árabe había llegado hasta algunos kilómetros de Ibuiri, devastación tan completa, que ni una cabaña había quedado en pie en todo aquel trayecto, y lo que no habían destruído los esclavos de Ugarrúa y Abed-ben-Salim, lo fué por los elefantes convirtiendo unos y otros en espantoso desierto toda aquella comarca.

EL PAÍS DE LA ABUNDANCIA

Por fortuna, en Ibuiri estábamos fuera del alcance de aquellos merodeadores, en una región muy poblada y donde había víveres en abundancia. Nuestros sufrimientos, que habían comenzado el 31 de agosto, terminaron el 12 de noviembre; sino que los hombres de la expedición eran verdaderos esqueletos, y de los 389 no quedaban más que 174. Mandé pues hacer alto para que descansaran y recobraran fuerzas. Hasta aquí se habían mostrado escépticos en cuanto á mis promesas: habían sido tantos los sufrimientos, tantas y tales sus desdichas, tan largo y pesado el camino á través del bosque, que se resistían á creer que dentro de algunos días veríamos probablemente, llanuras, rebaños, el Nyanza y el hombre blanco Emín Bajá. «Más allá del país de los merodeadores, les dije, se encuentra una tierra virgen, donde abundan los víveres y podréis olvidar vuestras miserias. Así pues, buen ánimo, probad que sois hombres y no desmayéis hasta el fin.»

Pero se hicieron sordos á mis ruegos y exhortaciones; impelidos por el hambre y los sufrimientos, vendieron por algunas espigas sus armas y municiones y se encontraban en un estado de desmoralización completa. En este conflicto, me resolví á hacer un ejemplar castigando de muerte á los más rebeldes: hice pues prender á dos de ellos y fueron ahorcados á vista de los demás.

La expedición se detuvo tres días en Ibuiri, donde abundaban los víveres de tal modo, que se hartaron de bananos, de trigo, de habas, de cabras y gallinas. El remedio fué tan eficaz y tan rápido el efecto, que el 24 de noviembre, cuando seguimos la marcha para Alberto-Nyanza, mis 173 hombres (de los cuales murió uno de un flechazo) estaban, no sólo en buena salud, sino también robustos.

Ciento veintiséis kilómetros nos separaban aún del lago. Pero ¿qué significaba esta distancia? ¿No teníamos ya víveres de sobra?

LA LLANURA

El 1.º de diciembre, desde lo alto de una montaña, que yo denominé monte *Pisgah*, descubrimos la región en que debían terminar nuestros sufrimientos. El día 5 entró, en fin, la expedición en la llanura, dejando atrás el sombrío é interminable bosque. Después de ciento sesenta días de oscuridad continua, vimos por fin la clara luz del sol bañando el paisaje que se desarrollaba á nuestra vista. Jamás nos había parecido más verde la vegetación ni más risueña la tierra. Mis hombres gritaban y retozaban de alegría y olvidando el peso de su carga hasta se daban á la danza. Yo, por mi parte, sentía renacer en mí ese espíritu de entusiasmo inseparable de todo éxito. ¡Ay del indígena que nos hubiera entonces atacado! Animados mis hombres del mismo espíritu que yo, se hubieran lanzado sobre él como el lobo sobre la oveja. Sólo la eterna oscuridad del bosque había vuelto á aquellas pobres gentes bastante temerosas para sufrir el brutal tratamiento de los esclavos árabes de Kilanga-Luga.

MAZAMBUI. – TODAVÍA GUERRA

El 9 de diciembre llegamos á la región del poderoso jefe Mazambui. Los villajos de esta región son tan numerosos que no hay más camino que á través de los caseríos y de los campos circundantes. Pero los indígenas nos vieron desde lejos y estaban preparados.

A eso de las cuatro de la tarde llegamos al centro de una aglomeración de caseríos, é inmediatamente hice ocupar una altura y construir una *zeriba* con toda la rapidez que fué posible á mis hombres. Los terribles gritos de guerra resonaban de monte en monte; de todos los puntos del país llegaban indígenas á centenares, y tambores y trompetas anunciaban claramente que se preparaba la guerra. Tuvimos en respeto á los más audaces de ellos, y después de una ligera escaramuza se apoderaron mis hombres de una vaca, que fué nuestro primer *beafsteck* desde el Océano.

La noche pasó en la mayor tranquilidad.

Por una y otra parte nos preparábamos para el día siguiente. Los indígenas tenían deseos de saber quiénes éramos, y nosotros queríamos obtener datos y noticias del país, que amenazaba arruinar la expedición.

Algunas horas hubieron de pasar en discusión, manteniéndose á respetuosa distancia uno y otro bando. Los indígenas decían que eran súbditos de Uganda, pero que su verdadero rey no era sino Kabba-Rega, cuyas funciones ejercía actualmente Mazambui.

Decidiéronse, en fin, á aceptar nuestros tejidos y nuestro alambre de latón para que juzgara Mazambui, que nos comunicaría su resolución el día siguiente, y entre tanto se suspendieron las hostilidades.

El día siguiente 11 á las ocho de la mañana quedamos sorprendidos y aun espantados oyendo decir á un indígena que Mazambui había declarado su intención de oponerse al paso de la expedición.

Al saber esta declaración, de todos los puntos del valle se levantaron gritos atronadores. Su palabra *kanwana* significa hacer la paz, y *kurvana*, al contrario, hacer la guerra. No estábamos bien seguros de la exacta interpretación y creíamos haber comprendido mal. En la duda envié un intérprete para saber si se trataba de *kurvana* ó de *kanwana*.

Contestáronle que era *kurvana*, es decir guerra, y para no dejarle ninguna duda le dispararon dos flechas.

Nuestro campamento estaba establecido entre dos cadenas de montes, una superior y otra inferior: por un lado había un valle de 250 metros de amplitud, y por otro un vallejo de unos tres kilómetros de largo, teniendo el valle al E. y al O. las dimensiones de una gran llanura.

Centenares de guerreros se disponían á descender de la cadena superior y otros centenares se reunían en el valle. No había que perder tiempo, y envié una compañía de 40 hombres, al mando del teniente Stairs, á atacar á los del valle mientras Jephson al frente de treinta tiradores hostilizaba á los que bajaban de las alturas.

A pesar de la presencia de centenares de indígenas, Stairs pasó un río estrecho y profundo y tomó al asalto el primer pueblo; los tiradores forzaron á los indígenas á escalar los flancos de la montaña y Jephson remontó el valle al E. aventando á los indígenas y tomando sus caseríos. A las tres de la tarde no quedaba un indígena á la vista, excepto los fugitivos que se reunieron en una altura situada á unos dos kilómetros de distancia.

LLEGADA AL LAGO ALBERTO

Durante la jornada del 12 tuvimos que sostener cuatro ligeros encuentros, y el 13 nos dirigimos al E. hostilizados continuamente por nuevos destacamentos de indígenas. A la una nos pusimos en marcha, y un cuarto de hora después grité á mis hombres:

– Preparaos á ver las aguas del Nyanza.

Y me contestaron murmurando:

– ¿Por qué nos habla el amo continuamente del Nyanza? ¿No estamos pues en una llanura y vemos las montañas á más de cuatro jornadas de aquí?

A la una y media el Nyanza corría á nuestros pies.

A mi vez yo me burlé entonces de los escépticos. Pero en el momento en que iba á preguntarles qué era lo que tenían á la vista, vinieron en masa á besarme las manos y á pedirme perdón: fué mi recompensa. Me dijeron que las alturas que se veían más allá eran las montañas del Unyoro. Kaballi, á orillas del lago, punto objetivo de la expedición, estaba aún á 10 ú 11 kilómetros de distancia.

Nos hallábamos á una elevación de 1550 metros sobre el nivel del mar. El Alberto Nyanza estaba situado á más de 875 metros por debajo de nosotros. Estábamos poco más ó menos á 1º 20' de latitud N., y el extremo S. del Nyanza se hallaba á unos 11 kilómetros al S. de nuestra posición.

En la orilla oriental del lago el menor accidente de sus bordes era visible y columbré el río Kakibbi entrando en el lago en dirección de S. O.

Después de un breve alto para gozarnos en el espectáculo, comenzó la expedición á operar el descenso de los quebrados flancos de la montaña, y apenas se había movido la retaguardia, cuando los indígenas de la meseta que acabábamos de abandonar se precipitaron sobre nosotros. Si hubieran mostrado en el combate de la llanura el valor y perseverancia que desplegaron entonces, á buen seguro hubiéramos sufrido un retardo considerable. La retaguardia tuvo mucho que hacer hasta el momento en que la expedición llegó á algunos centenares de pies de la llanura de Nyanza.

Hice establecer nuestro campamento en medio de la planicie. Nuestros barómetros aneroides marcaban entonces 750 metros sobre el nivel del mar. Durante la noche, los indígenas atacaron el campamento; pero nuestros centinelas lograron expulsarlos.

El 14 á las nueve de la mañana nos acercamos á la aldea de Kakongo, situada al extremo S. O. del lago Alberto. Por espacio de tres horas me esforcé en establecer buenas relaciones con los indígenas, sin poderlo conseguir. Negáronse á permitir que fuéramos al lago, porque, al decir de ellos, espantaríamos sus ganados. No quisieron hacer con nosotros el cambio de la sangre, porque no sabían de ninguna persona que hubiera venido en amistad de la parte del Oeste del lago. Ni quisieron tampoco aceptar presentes ignorando quiénes éramos.

Consintieron, sin embargo, en darnos agua y en indicarnos el camino de Nyam-Sasie; y supe por este singular pueblo que había un hombre blanco en Unyoro; pero en cambio, no habían oído decir nunca que hubiera blanco ninguno en la orilla occidental y afirmaban que jamás habían visto en el lago un *steamer*.

Su proceder no dejaba de ser oficioso, pero al parecer, no les gustaba nuestra presencia en el país. Indicáronnos un camino, que la expedición siguió por espacio de algunos kilómetros; después hice establecer un campamento á una media legua del lago.

Entonces reflexioné en nuestra situación.

Mis correos de Zanzíbar, con toda evidencia no habían llegado, porque era de suponer que Emín, con sus dos *steamers*, hubiera hecho una visita al extremo S. O. del lago á fin de preparar á los indígenas á nuestra llegada. Mi barco se encontraba en Kilanga-Luga, á una distancia de 350 kilómetros. Mi conciencia no me permitía tomar una canoa sin el pretexto ó excusa de una queja. No veía tampoco ningún árbol corpulento para construirla. La distancia que nos separaba aún de Wadelai era espantosamente larga para una expedición tan reducida como la nuestra. Habíamos gastado también cinco cajas de cartuchos en las cinco jornadas de combate en la llanura. Si teníamos necesidad de sostener un ligero sitio se agotarían rápidamente nuestras provisiones.

Sólo un proyecto me parecía práctico: volver á Aruhuimi á construir un fuerte; enviar una expedición á Kilanga-Luga á recobrar nuestro barco; depositar en el fuerte toda la carga que no se pudiera transportar; dejar también en él una guarnición que se encargara de sembrar y recoger trigo; volver luego al lago Alberto y enviar el barco á buscar á Emín Bajá.

Después de haber discutido detenidamente el asunto con mis oficiales, me decidí á intentar la ejecución de este programa.

RETIRADA HACIA EL FUERTE BODO

El 15 llegamos al sitio de Kaballi á la orilla occidental del lago. Kaballi fué destruído hace algunos años. A las cuatro de la tarde, los indígenas de Kakongo que nos habían seguido, nos lanzaron muchas flechas y desaparecieron luego. A las seis, cerrada ya la noche, emprendimos de nuevo la marcha, á favor de la oscuridad, y el 16 á las diez de la mañana llegamos otra vez á lo alto de la planicie. Algunos indígenas de Kakongo, continuaron hostilizándonos durante la subida, y nos hicieron dos bajas, un muerto y un herido.

El 7 de enero estábamos de vuelta en Ibuiri, y después de algunos días de reposo, el teniente Stairs, con un centenar de hombres, pasó á Kilanga-Luga á traer el barco y las mercancías, como también al capitán Nelson y al cirujano Parke. De los 38 hombres que habían quedado con estos oficiales, sólo llegaron al fuerte 11, habiendo muerto ó desertado los demás.

A la llegada de Stairs con el barco y las mercancías, lo envié á Ugarrúa á recoger á los convalecientes, concediéndole 39 días de tiempo para esta expedición. Poco después de su partida, caí yo enfermo con una gastritis y un absceso en el brazo; pero gracias á la asistencia del doctor Parke, pude recobrar la salud al cabo de un mes, y el 22 de abril volví á ponerme en marcha para Alberto Nyanza, acompañado del capitán Nelson y del doctor Parke. El capitán, ya restablecido, fué nombrado en mi ausencia comandante del fuerte Bodo con una guarnición de 43 hombres.

El 26 de abril llegamos de nuevo al país de Mazambui; pero esta vez, cediendo á mi instancia, se decidió á hacer conmigo el cambio de la sangre. Bien que ahora tuviera cincuenta fusiles menos que la primera vez, siguieron el ejemplo de Mazambui los demás jefes, hasta Nyanza, y todas las dificultades quedaron orilladas. Los víveres se nos daban por nada; y bestias de carga, cabras, carneros y gallinas vinieron á nuestro poder con tanta abundancia y generosidad que mis hombres vivían como príncipes.

A una jornada del Nyanza, unos indígenas procedentes de Kaballi me participaron que un hombre blanco, llamado Malejja, había entregado á su jefe un paquete con orden de entregármelo á mí, su hijo. Y me preguntaron si quería seguirlos. Sí, les contesté; y si me habéis dicho la verdad, os haré ricos.

REUNIÓN DE STANLEY Y DE EMÍN

Los indígenas pasaron la noche con nosotros contándonos historias maravillosas á propósito de *barcos tan grandes como islas y llenos de hombres*, lo que me convenció de que el hombre blanco era Emín Bajá.

El día siguiente llegué cerca del jefe Kaballi, que me remitió una carta envuelta en un pedazo de tela negra impermeable: era en efecto de Emín. En esta carta me decía que habiendo corrido un rumor entre los indígenas sobre la aparición de un hombre blanco al extremo Sud del lago, había ido en su steamer á adquirir noticias, pero no había podido saber nada cierto, porque los indígenas que temían mucho á Kaba Kega, rey del Unyoro, asociaban con él á todos los extranjeros. Sin embargo, la mujer del jefe Nyam-Sasie había dicho á uno de sus aliados, llamado Mogo, que nos había visto en el país de Mazambui. Emín me rogaba pues que permaneciera adonde estaba, hasta que pudiera ponerse en comunicación conmigo.

La carta, fechada del 16 de marzo, estaba firmada con este seudónimo: *Doctor Emín*.

El día siguiente 23 de abril, encargué á M. Jephson que pusiera el barco á flote con el número de hombres necesarios, y el 26 llegó embarcado con su gente á vista de la estación de Msua, el más meridional de los puntos egipcios de Emín.

Jephson fué recibido cordialmente por la guarnición. Los hombres del barco me aseguraban á su vuelta que jamás habían sido más abrazados ni tratados más fraternalmente.

Durante este tiempo habíamos tomado otra vez el camino de nuestro campamento del 16 de diciembre, y estábamos allí el 29 de abril, cuando á cosa de las siete de la tarde, desembarcaron Emín-Bajá, Casati y Jephson, que fueron recibidos con los brazos abiertos.

El día siguiente fuí con Emín-Bajá á tres kilómetros por encima de Nyam-Sasie, donde establecimos nuestro campamento, y permanecí con él hasta el 25 de mayo, fecha en que partí, dejando á su lado á Jephson, tres sudaneses y dos zanzibaritas. El me hizo acompañar de tres soldados irregulares y de 102 indígenas Madies como portadores.

STANLEY SE SEPARA DE EMÍN

Catorce días después llegaba al fuerte Bodo, ocupado por el capitán Nelson y el teniente Stairs. Este último había vuelto de Ugarrúa, á los veintidós días de mi partida para el lago (el 2 de abril); pero ¡ay! sólo trayendo 16 hombres de los 56: todos los demás habían muerto. Los veinte correos que había enviado yo con cartas para el mayor Bartelot, habían partido de Ugarrúa el 16 de marzo para Yambuya.

El fuerte Bodo estaba en un estado muy floreciente: diez hectáreas hallábanse destinadas al cultivo. Había recogido una cosecha de maíz que estaba encerrada en los graneros y se acababa precisamente de volver á sembrar.

El 16 de junio, dejaba el fuerte de Bodo con tres zanzibaritas y 101 de los hombres de Emín Bajá. El teniente Stairs había sido nombrado comandante del fuerte con el capitán Nelson por segundo, y el doctor Parke como agregado al servicio de su facultad. La guarnición poseía 59 fusiles. Me había privado del concurso de todos mis oficiales, á fin de no verme embarazado con los bagajes, provisiones, medicamentos, etc., que hubiera debido tomar, si me hubieran acompañado mis adjuntos europeos, pues tenía necesidad de todos los portadores disponibles para la inmensa cantidad de carga del mayor Bartelot.

El 24 de junio llegaba á Kilanga Luga, y el 19 de julio á Ugarrúa, estación que estaba abandonada. Después de haber reunido en su distrito gran cantidad de marfil, Ugarrúa había bajado al río, tres meses antes. A mi partida del fuerte de Bodo, había recibido cada portador 60 libras de harina; de modo que pude cruzar el desierto sin tener que pasar hambre.

Bajamos por la orilla del río con la presteza posible, esperando cada día encontrar los correos, que sin duda se esforzaban en llegar á su destino, estimulados por la promesa de 10 libras esterlinas por plaza. Acaso pudiéramos encontrarnos también al mayor al frente de los mozos portadores. Complacíame yo, á lo menos, en hacer estos agradables cálculos, á proporción que me acercaba á mi objetivo.

El 10 de agosto encontré á Ugarrúa con una flotilla de 57 canoas, y con gran sorpresa mía venían en ellas mis correos, cuyo número se había reducido á 17. Los pobres me hicieron una relación espantosa de los peligros que habían corrido. Fueron asesinados tres de ellos; dos estaban aún padeciendo de sus heridas, y todos, salvo cinco, tenían el cuerpo lleno de cicatrices.

STANLEY EN EL CAMPAMENTO DE BARTELOT

Ocho días después, el 17 de agosto, encontré por fin la retaguardia de la expedición en un lugar llamado Banalya. Un hombre blanco estaba á la puerta de la estacada. Creí al principio que fuera M. Jamieson; pero luego reconocí la fisonomía de M. Bonny, que había dejado el servicio médico del ejército para acompañarnos.

– Y bien, mi querido Bonny, ¿dónde está el mayor?

– Ha muerto.

– ¡Muerto!

– Asesinado, que es peor, asesinado por los manyemas hace cosa de un mes.



¡COGIDO! copia de una acuarela de Frank Dadd

– ¡Gran Dios! ¿Y M. Jamieson?

– Ha ido á Stanley-Falls á fin de obtener hombres de Tippo Tip.

– ¿Y M. Troup?

– Troup ha vuelto á Europa enfermo.

– ¿Dónde está M. Ward?

– En Bengala.

– ¿Entonces estáis solo aquí?

– Solo.

La retaguardia había sido lastimosamente diezmada. De los 257 hombres no quedaban más que 71. De estos 71, sólo 52 parecían aptos para el servicio; y todavía estaban flacos como cadáveres. La vanguardia había hecho en 16 días la marcha de Yambuya á Banalya, á pesar de las hostilidades de los indígenas. La retaguardia había hecho el mismo viaje en 43.

Según M. Bonny, en los trece meses y veinte días pasados desde mi partida de Yambuya, no había habido allí más que una serie de muertes, deserciones y desastres. Me falta valor para ocuparme en detalles que son verdaderamente increíbles. También me falta tiempo, porque á excepción de Bonny, no hay aquí nadie que pueda ayudarme á reorganizar la expedición. Yo no puedo desempeñar todos los cargos, pero carezco también de muchos artículos indispensables.

Salí de Yambuya con un equipaje muy limitado, dejando en poder de los oficiales mis efectos personales de reserva. En el mes de diciembre, algunos desertores de la vanguardia se presentaron en Yambuya para hacer cundir la noticia de mi muerte. No llevaban papeles consigo; pero no obstante, parece que los oficiales hubieron de dar fe á los desertores, y en enero, M. Ward hubo de proponer un día, estando á la mesa, la anulación de mis instrucciones. M. Bonny parece haber sido el único que se opusiera á semejante propuesta. Por eso se enviaron al bajo Congo mi equipo personal, medicamentos, jabón, bujías, provisiones, etc., á pretexto de ser ya todo esto superfluo.

Así, después de haber hecho este inmenso sacrificio personal, me encuentro, por decirlo así, desnudo y privado de todos los recursos que exigen las necesidades de la existencia en Africa. Extraño es, sin embargo, que estos señores hayan conservado dos sombreros, cuatro pares de botas y una chaqueta de franela.

En hora buena; con este limitado equipo volveré á cruzar el Africa para acercarme á Emín Bajá. Livingstone, pobre diablo, estaba harapiento cuando lo encontré. Esta vez el que lo haya socorrido será quien llegue en harapos. Con esto no me tendrán envidia mis oficiales, cuyo equipo está intacto.

¡Yo era el único que había muerto!

Os ruego que notéis que sólo hemos invertido 82 días desde el lago Alberto hasta Banalya y 61 desde el fuerte Bodo. La distancia no es enorme; la gente es lo que deja mucho que desear. En el viaje á Nyanza, teníamos que arrastrarla; pero á la vuelta no necesitaba ya estímulo. Entre el Nyanza y Banalya, no perdimos más que tres hombres, uno de los cuales desertó. He traído aquí 131 zanzibaritas; he dejado 59 de ellos en el fuerte Bodo; total 190 hombres de 389: pérdida, 50.

En Yambuya dejé 257 hombres y no quedan más que 71, de los cuales 10 no dejaran nunca aquel campamento: pérdida 70. Este hecho prueba que bien que los sufrimientos de la vanguardia hayan sido verdaderamente tremendos, la mortalidad no ha sido tanta como en el campamento de Yambuya. Los sobrevivientes de la marcha están todos buenos y robustos, mientras los de la retaguardia están generalmente en deplorable estado de salud.

OJEADA GENERAL

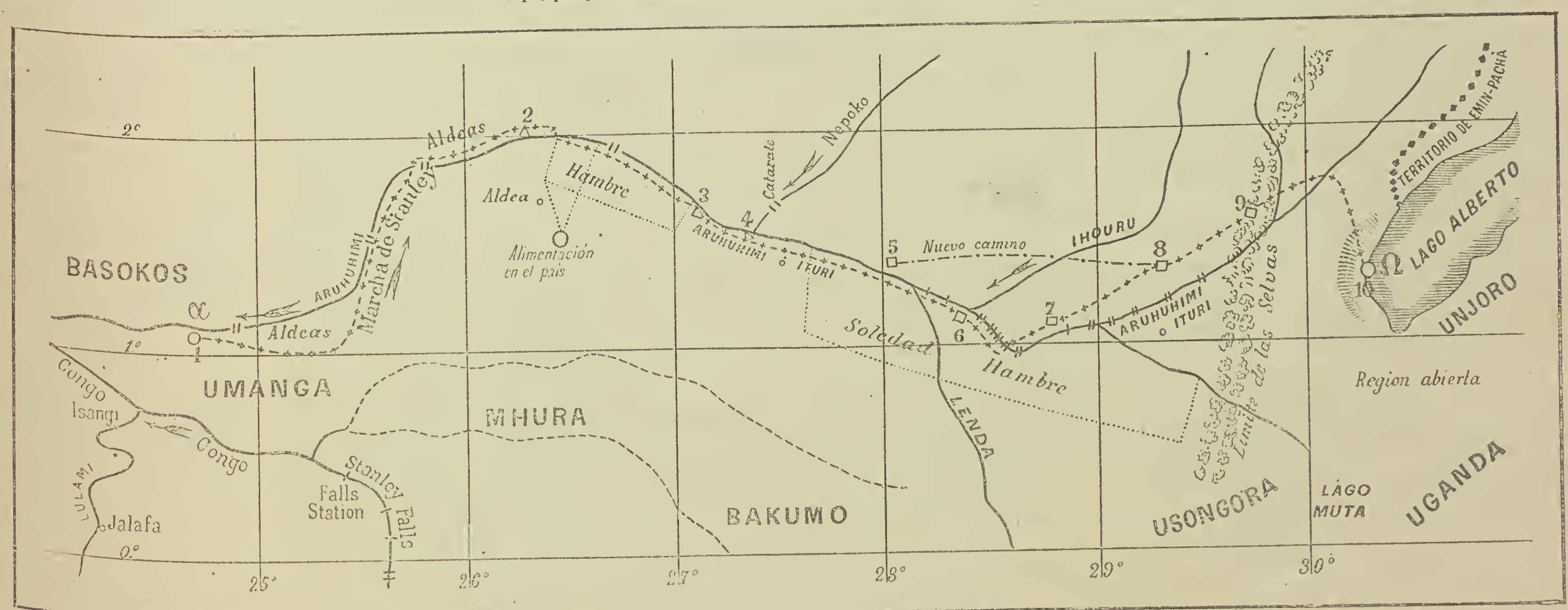
sobre el país entre Yambuya y el lago Alberto

He bosquejado rápidamente nuestros movimientos desde el 28 de junio de 1887. Quisiera tener tiempo para daros pormenores más minuciosos; mas por desgracia el tiempo me falta en estos momentos. Escribo estas líneas en medio de los preparativos de partida y de continuas interrupciones.

Con todo eso, esta carta os dará idea de la naturaleza del país que hemos atravesado. Hemos viajado por espacio de 160 días á través de un espeso bosque, compacto, continuo, sombrío; y pasado en ocho días la región de los altos hierbazales. La delimitación del bosque y de las hierbas está trazada netamente: la hierba visto extenderse hacia el N.E. con sus curvas, sus ensenadas y sus cabos, semejante á un litoral. Al S.O. conserva la región el mismo carácter. Al N. y al S. el área de los bosques se extiende desde Nyangüe hasta los límites meridionales del país de los Mombutues. Al E. y al O. comprende todo el Congo, desde la embocadura del Aruhuimi hasta cerca de 29° de longitud E. Ignoro cuál pueda ser, al O. del Congo, el límite de este bosque. La extensión de esta área forestal puede, pues, calcularse en 246.000 millas cuadradas. Al N. del Congo, entre Upoto y el Aruhuimi, el bosque abarca aún unas 20.000 millas cuadradas.

Entre Yambuya y el Nyanza, hablan los indígenas cinco lenguas distintas. La última es la que hablan los *nanyoros*, los *nanyankoris*, los *nanya-ruandas*, los *wahbas*, y los indígenas de Karangüe y de Ukereue.

El país desciende en suaves pendientes desde lo alto de la meseta, por encima del Nyanza hasta el Congo, es decir, desde una altitud de 1.650 metros sobre el nivel del mar hasta 420 metros.



ITINERARIO DE LA EXPLORACION DE STANLEY

MARCHA ADELANTE. – (1) Stanley sale de Yambuya el 28 de junio de 1887 con 389 hombres, dejando una retaguardia con el mayor Bartelot, que partió el 21 de junio de 1888, pero fué muerto en las primeras marchas, dispersándose su escolta. – (2) Estación en Maguye. – (3) Estación en Aveychera. – (4) 25 de agosto. Confluencia del Nepoko y del Aruhuimi. – (5) Stanley acampa en Ugarrúa desde el 16 hasta el 18 de setiembre. Ha perdido ya 66 hombres, deja 56 en Ugarrúa y continúa con 263. – (6) Kilanga-Luga. Campamento del hambre. Stanley deja allí su barco. – (7) Estación de Manyuema. Los árabes esclavistas han arruinado este país. – (8) Iburi (Fuerte Bodo), fértil y rico país, donde Stanley descansa 13 días y se restablece su gente. Continúa su marcha el 24 de noviembre con 173 hombres. – (9) Sale Stanley de la región de los bosques. – (10) Llegada á Kaballi el 15 de diciembre de 1887.

MARCHA HACIA ATRÁS. – (8) Vuelve Stanley á Iburi á buscar su barco. Llega el 7 de enero á Iburi, construye el fuerte Bodo. Llama á los hombres del campamento del hambre y vuelve á partir el 2 de abril para Kaballi, donde pone á flote su barco el 23 de abril.

ENCUENTRO CON EMIN. – (10) Emín y Casati llegan el 29 de abril de 1888. Stanley permanece con ellos hasta el 25 de mayo y vuelve á partir para Yambuya.

MARCHA DE RETORNO. – (8) Llega Stanley al fuerte Bodo en 14 días y deja 59 hombres con Stairs. Vuelve á partir el 16 de junio y llega el 27 de agosto á Banalya (Nurenya) á siete jornadas de Yambuya. Envía desde allá sus primeros mensajeros. – Sabe Stanley la dispersión de su retaguardia, no encuentra ningún recurso y otra vez vuelve hacia el E. para acercarse á Emín Bajá.

LAS TROPAS INGLESAS EN EGIPTO agrupadas en torno de las Pirámides

Al N. y al S. de nuestro camino, á través de la región desierta, la superficie de la tierra está accidentada de montículos y de conos roqueños.

LAS MONTAÑAS AZULES Y EL PAÍS NEVADO DEL RUEVENZORI

Al N. no hemos visto alturas mayores de 1.800 metros sobre el nivel del mar. Pero á unas cincuenta millas de nuestro campamento en el Nyanza (215° de declinación magnética) he descubierto una inmensa montaña, cuya nevada cima tiene probablemente unos 5.000 ó 5.500 metros sobre el nivel del mar. Esta montaña lleva el nombre de *Ruevenzori* y es probablemente rival del Kilimandjaro. Posible es que sea la montaña *Gordon-Bennett* en el Gambargara, pero hay, sin embargo, dos razones para dudarlo. En primer lugar está situada bastante al O. relativamente á la posición de esta última, como indiqué en 1876; y en segundo lugar, no hemos visto nieve en el *Gordon-Bennett.*

EL ARUHUIMI

Cosa de 100 millas por encima del Yambuya, el Aruhuimi toma el nombre de *Suhali;* cerca de Nepoko el de *Nevoa;* más allá de su confluencia con el Nepoko, el de *No-Velle;* á 300 millas del Congo, el río se llama *Itiri;* después, más allá, *Ituri*, nombre que conserva hasta su origen. A diez minutos de marcha de las fuentes del Ituri, hemos visto el Nyanza en su inmensa bahía, como un espejo.

¿NOS QUEDAMOS? ¿TOMAMOS EL CAMINO DE LA COSTA?

El Bajá tiene á sus órdenes dos batallones de regulares: el primero consta de unos 750 carabineros y ocupa los puntos de Dufile, Honyu, Labore, Muggy, Kirri, Bedden y Rejaf; y el segundo, compuesto de unos 640 hombres, guarnece las estaciones de Wadelai, Fatico, Mahagi y Msua, lo que constituye una línea de comunicaciones de unos 330 kilómetros á lo largo del Nyanza y del Nilo. En el interior, al Oeste del Nilo, posee tres ó cuatro puestos pequeños, ó sea en junto 14 estaciones. Fuera de esto, manda una fuerza bastante respetable de irregulares, marineros, artesanos, comerciantes, sirvientes.

– En total, si me decidiera á partir, me dijo, podría llevar unas 8.000 personas.

– Si yo estuviera en tu lugar, le dije, no vacilaría un momento sobre la línea de conducta que debía seguir.

– Lo que dices es verdad, pero considera el gran número de mujeres y niños. ¿Cómo trasportar toda esta gente? Necesitaríamos excesivo número de portadores.

– ¿Y para qué esos portadores?

– Para las mujeres y los niños. Yo no puedo abandonarlos, y es imposible que emprenda esta gente flaca de suyo un gran viaje á pie.

– Las mujeres deben andar y este ejercicio les haría más bien que mal. En cuanto á los niños, pudieran ir á lomos de asnos, de los cuales tienes, según creo, hasta 200. El primer mes, naturalmente, no andarían mucho camino; pero poco á poco se acostumbrarían y andarían más con menos fatiga. Cuando hice mi segunda expedición, algunas mujeres de Zanzíbar atravesaron el Africa con nosotros. ¿Por qué no habían de poder hacer lo mismo vuestras mujeres negras? No temas por ellas: hasta creo que se portarían mejor que los hombres.

– Pero ¿no necesitaríamos también una inmensa cantidad de provisiones para el camino?

– Ciertamente; pero ¿no posees también millares de cabezas de ganado, que nos suministrarían carne fresca? Las regiones que habríamos de atravesar nos darían legumbres y trigo en abundancia.

– En hora buena; mañana hablaremos otra vez del asunto.

1.º *de mayo de* 1888. – Alto en el campamento de Nsabe. A la una de la tarde vino á verme el Bajá y reanudamos la interrumpida conversación. Hizo uso de casi los mismos argumentos que expuso la primera vez.

– Lo que me dijiste ayer, me dijo, me induce á creer que sería preferible que nos fuéramos de aquí.

Los egipcios están dispuestos á partir y son unos cien hombres, más las mujeres y los niños. Aun cuando me decidiera á permanecer aquí, celebraría desembarazarme de ellos, porque todos sus esfuerzos tienden á debilitar mi autoridad y á cortarme los medios de retirada. Cuando les anuncié la caída de Khartum y la muerte de Gordon-Bajá, afirmaron siempre á los nubios que era una historia amañada por mí y que el mejor día veríamos los *steamers* de socorro remontar el río. No tengo la misma confianza, en cuanto á la buena disposición de partir, respecto de los regulares que componen los dos batallones. Han llevado aquí una vida libre y feliz y murmurarían á la idea de abandonar una región, donde la vida es para ellos mucho más agradable que en su propio país. Luego, los soldados tienen mujer y algunos tienen harem. Muchos de los irregulares también querrían seguirme. Pero supongamos que mis irregulares no quieran partir. Bien debes comprender que mi posición sería difícil. ¿Y sería humano por mi parte abandonarlos á su suerte? ¿No sería condenarlos á una muerte cierta? Me vería obligado á dejarles sus armas y municiones y á mi vuelta no habría ya disciplina. Se formarían partidos, arrastrando innumerables contiendas y desastres. Los más ambiciosos recurrirían á la fuerza, á fin de conquistar el poder, y estas rivalidades engendrarían el odio, el asesinato y en fin el aniquilamiento completo.

– Pero suponiendo que te decidas á quedarte, ¿qué piensas hacer de los egipcios?

– Yo te rogaría que tuvieras á bien llevártelos á tu expedición.

– Ahora, Bajá, ¿quieres hacerme el obsequio de preguntar al capitán Casati si tendré el placer de que me acompañe hasta la costa, pues se me ha rogado que le preste ayuda, en el caso de encontrarlo?

El capitán Casati me contestó por medio de Emín Bajá:

– La línea de conducta del gobernador Emín será también la mía. Si el gobernador se queda, me quedo; si parte, también parto yo.

– Bien veo, Bajá, que si te quedas aquí, será muy grande tu responsabilidad.

Esta observación fué traducida al capitán Casati, el cual me contestó:

– Perdonad: declaro que, por mí, queda desligado el Bajá de toda responsabilidad; yo no consulto más que mi elección personal.

Así, día por día registré fielmente mis conversaciones con Emín Bajá; y espero que estos extractos os pongan al corriente de la situación. He enviado á M. Jephson trece de mis sudaneses, y según los deseos del Bajá, hecho leer á las tropas un mensaje. Las cosas seguirán así hasta mi vuelta al Nyanza con el resto de la expedición.

Emín se proponía visitar, en compañía de Jephson, el fuerte Bodo, dos meses después de mi partida. He dado orden á los oficiales que ocupan el fuerte de destruirlo y acompañar á Emín Bajá al Nyanza. Allí espero encontrarlos á todos dentro de poco, pues tengo el propósito de volver al lago siguiendo un nuevo camino que me permitirá llegar más rápidamente.

Vuestro afmo.
ENRIQUE M. STANLEY

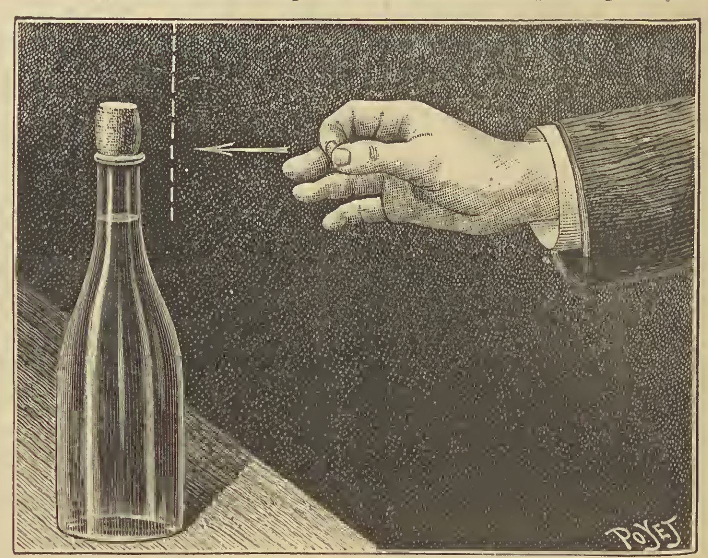
(Tomado de la *Revista francesa*)

EL TAPÓN DE CORCHO SOBRE LA BOTELLA

Colóquese sobre una mesa una botella y en el cuello de ésta póngase sin introducirlo en él un tapón de corcho: el experimento consiste en hacer caer el corcho por medio de un papirotazo haciendo avanzar rápidamente la mano desde una distancia de 60 centímetros del mismo, en la forma que representa el grabado.

De diez veces las nueve el papirotazo se da en el vacío por encima del tapón, lo cual se debe á dos causas: primera, al miedo instintivo de derribar la botella tocándola en el cuello (miedo que aumentará si se opera en una mesa de mármol en donde el cristal pueda hacerse añicos ó en una mesa dispuesta para una comida en la que la caída de aquélla pueda originar algún estropicio) y segunda por el temor de lastimarse los dedos con un choque brusco contra la botella. Esta segunda causa es la principal, como puede comprobarse eliminando la primera causa de aprensión, es decir, asegurando bien la botella á la mesa.

Dentro del mismo orden de ideas podemos indicar el experimento siguiente: puesto un fósforo al borde de una mesa de aguda arista de modo que salga fuera de ella unos 2 ó 3 centímetros en dirección perpendicular á la arista, el que se proponga hacerlo saltar por medio de un golpe violento aplicado con el filo inferior de la mano, fracasará generalmente en su intento por la segunda de las causas indicadas.



Experimento del tapón de corcho sobre la botella

BARCELONA. – IMP. DE MONTANER Y SIMÓN